

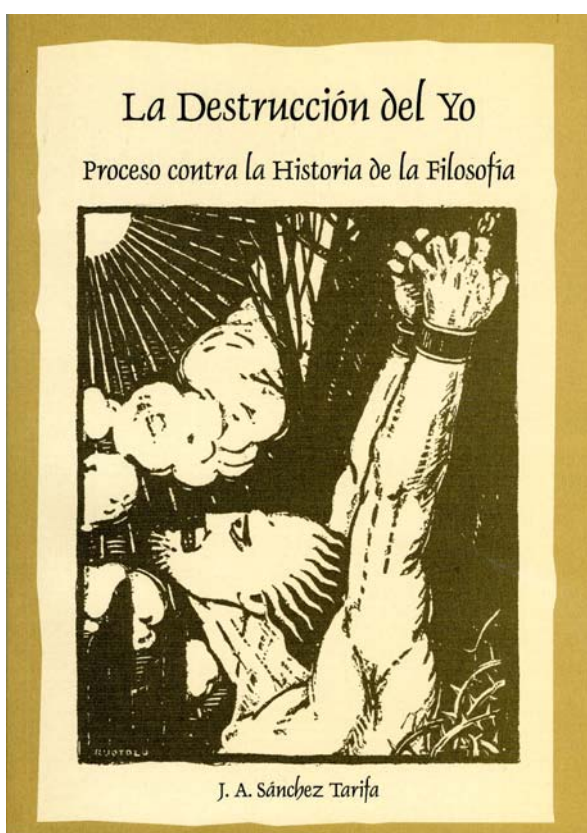


## La destrucción del Yo, Proceso contra la Historia de la Filosofía

**J. A. Sánchez Tarifa,**  
Grupo Editorial Universitario,  
Granada, 2003.

### Una ontología del amor propio

**Enrique Fernández Sánchez**  
Profesor de filosofía en el IES Guadaiza (Marbella)



¡Tendremos que ser como dioses!, - exclamaba el loco-. Desorientado por las tinieblas, en pleno día, creía haber llegado demasiado pronto. Pero los locos siempre llegan demasiado tarde. Despiertan al hedor de la decadencia y se deslizan entre las sombras de la gran caverna humana, para apuntarnos con su linterna. Tal vez, buscando en nuestro interior a ese loco, que yace sepultado bajo la lápida de la cordura.

La decrepitud de los dioses de Occidente era ya manifiesta en tiempos de Nietzsche. Sin embargo, aun hoy, esas mismas deidades nos acompañan en nuestro errático viaje hacia el horizonte del progreso. A pesar de que las verdades agonizan en sociedades cada día más divergentes y complejas, el temor a los dioses persiste, quizás aún más profundo que nunca; acaso porque sobre las culturas modernas se cierna la amenaza de una vida sin valores,

de una existencia sin sentido.

Más allá de la tragedia de la libertad humana desorientada, la necesidad de reconstruir una comprensión de la realidad que constituya un fundamento razonablemente sólido de los valores, se ha convertido en uno de los temas claves de la filosofía actual. Con frecuencia, los esfuerzos realizados en este sentido, persiguen únicamente, mantener a flote una embarcación que se va a pique, detener un naufragio, tal vez inevitable. Pero la necesidad de los valores para la cohesión social no es mucho más que una circunstancia. Si nuestra cultura no sobrevive, quizás podamos sobrevivir sin ella. Los valores morales no son tan necesarios como la dignidad de los hombres.

También en la actualidad se habla de dignidad. Pero entendiendo, básicamente, que se trata de una cuestión derivada de la universalidad de los valores, a la que se aspira como ideal. Dicha empresa, sin embargo, no parece poder evitar

estrellarse contra la ausencia de Dios o la muchedumbre de dioses. Por eso, no debiera pasar inadvertida una propuesta tan audaz, como la que se atreve a invertir los términos del problema, convirtiendo la dignidad del Yo en fundamento de cuanto merece considerarse valioso. El sinsentido de la existencia no es ahora el resultado de la desintegración de las verdades trascendentes y los valores universales, es la consecuencia de la destrucción del Yo, que sucumbe ante sus múltiples adversarios. Sólo desde la indignidad de ese Yo aniquilado, el desafío de la vida puede ser concebido desprovisto de valor. Pero si somos capaces de pensar en la autoestima, como principio originario del pluriverso de los valores, descubriremos en el proyecto universalizador de la filosofía occidental, a uno de sus más peligrosos enemigos. La cruzada de los valores universales es algo más que un síntoma del extravío histórico de nuestra cultura. Es una quimera que destruye el fundamento mismo del valor, ya que precipita a ese Yo atemorizado y desorientado en el abismo de su propia alienación.

Ahora que los hombres no merecen ni la piedad de sus dioses, quizás haya llegado el momento de que dejemos de filosofar desde el miedo. Nuestros temores, que son los temores de Occidente, no sólo representan una amenaza para el resto del mundo, que de forma sistemática está siendo preventivamente sometido o aniquilado. En cierto modo, los primeros amenazados por el poder destructor del temor, somos nosotros mismos, pues sólo desde el atrevimiento, que no tiembla ante la libertad propia o ajena, puede conquistarse una vida valiosa, una existencia digna. En una sociedad esencialmente precautoria, paradójicamente, quizás sea ésta una de las pocas ideas en la obra de Sánchez Tarifa, que apenas susciten discrepancias. Aunque, incluso tras el desprecio que siempre inspirarán los cobardes, se sabe ocultar la precaución, para seguir advirtiéndonos de los peligrosos abismos que nos acechan en cada átomo del tiempo. Pero la autenticidad de la filosofía es incompatible con el temor, pues filosofar exige, por encima de todo, amor a la verdad, a la vida, a lo que somos.

Una ontología del amor propio es la alternativa a una dialéctica del temor al otro. La historia de Occidente puede ser algo más que un lamentable glosario de mezquindades de amos y esclavos. Aunque parezca inexorable el torrente que nos arrastra, su poder reside en nuestro miedo; combatirlo, ignorarlo, por amor a uno mismo, quizás sea nuestro más digno tributo a la humanidad.

Nuestras instituciones sociales parecen, por el contrario, concebidas como baluartes defensivos contra una adversidad, que se presiente por doquier. El Yo primitivo, el Yo digno, es sustituido por la impostura de un Yo necesitado indefinidamente de protección. El sueño ilustrado de la mayoría de edad del hombre resulta más iluso que nunca, en sociedades en las que la infancia se prolonga por sistema y la irresponsabilidad se convierte en forma de vida. Pero el amor propio no admite ni ofrece tutela, sino que exige y se exige el coraje de asumir la dignidad como una empresa irrenunciable e intransferible.

Al amparo de la protección de las estructuras sociales, el Yo está más desprotegido que nunca. Instalado en la precaución, su relación con lo ajeno se manifiesta como sumisión u hostilidad. El Yo precautorio es inevitablemente destructor. Se autodestruye cuando se somete y representa una amenaza para todo aquello que intenta someter. Por eso, la reconstrucción del Yo tiene que ser emprendida de espaldas a la sumisión de la vanidad y lejos de la hostilidad del orgullo. Porque si la vanidad convierte al Yo en un títere de la complacencia ajena, el orgullo lo atrinchera en la soledad de su miseria. El genuino amor propio no vive ni para el otro, ni contra el otro. No se compara, porque se respeta a sí mismo tanto, como aprecia el desafío enriquecedor que intuye en la alteridad.

La trayectoria de Occidente discurre paralela al ocaso del Yo. En el legado de la Historia de la Filosofía, no escasean las palabras y los silencios, que han contribuido

a su menosprecio. Las simplificaciones del Yo son capaces de cautivar, inspirando admiración u horror, pero no colaboran en la conquista del respeto a lo que verdaderamente somos. Pensar, existir y querer no son dimensiones aislables en un Yo humano; tan sólo lo son en un Yo divino, aliado de la hipocresía, o en un Yo diabólico redentor de la vileza. Por eso, *La Destrucción del Yo* nos invita a sospechar que la omnipotencia de la razón, la tiranía de la voluntad, o la condena de la existencia, son espectros enemigos del Yo, entre los muchos, engendrados por una cultura incapaz de servir a la dignidad del hombre.

Nuestro tiempo no es el más propicio para los héroes. Tampoco podría salvarnos ninguna hazaña. Aunque ojalá, cada día sean más, los aventureros del pensamiento que, como Sánchez Tarifa, nos desafían con su audacia. No existe lápida capaz de sepultar definitivamente el atrevimiento humano. Ninguno de nosotros debería ser ajeno a su clamor de sublevación. Lo que hoy sobra en Occidente son las mil máscaras de la precaución. Quizás por eso, me parezca haber descubierto en estas palabras de Juan Goytisolo, el destello de un guiño de complicidad:

*"Proponerse como difícil ideal literario y humano la moral genetiana del malamati: practicar abiertamente lo que leyes y costumbres reprueban, infringir normas de recato y prudencia, admitir con impavidez el escarnio y los alfilerazos de la murmuración: renunciar al prestigio de una conducta fundada en el conformismo o el ejercicio de la bondad oficial: escudarse, al revés, en el desdén para mantener la virtud secreta, perseguir la extinción paulatina de la presunta decencia, sacrificar ventajas y honra a la fidelidad escrupulosa a sí mismo: vivir en fin sin veneración ni discípulos en el acendramiento y perfección de la puridad."*

(GOYTISOLO J.: En los reinos de taifa -Las chinelas de Empédocles-, Seix Barral, Barcelona, 1986).